

El Tiempo como proceso identitario del imaginario social.

José Roberto Martínez Rodríguez.

Cita:

José Roberto Martínez Rodríguez (Agosto, 2007). *El Tiempo como proceso identitario del imaginario social. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/cirujanoplastico/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p3zT/fKt>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.*

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE SOCIOLOGÍA**

**XXVI CONGRESO
ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGÍA**

“Tiempo, Consumo y Formaciones Imaginarias: reflexiones sobre la construcción identitaria del imaginario social”

José Roberto Martínez Rodríguez

Grupo de trabajo: Imaginarios sociales y construcción histórica y cultural

Tiempo, Consumo y Formaciones Imaginarias: reflexiones sobre la construcción identitaria del imaginario social

¿Cuáles son las posibilidades de pensar a la existencia como una construcción semántica de nosotros mismos? Si queremos responder desde una lógica que se adscribe al imaginario capitalista nos será palpable una sola respuesta: la construcción semántica de nosotros mismos será por excelencia la construcción semántica que genera la propia noción del consumo. Para pensarla en otros términos es necesario que hagamos una revisión de los ejes simbólicos que caracterizan nuestra sociedad actual y las derivaciones que se adhieren a dicha prerrogativa.

Fromm nos menciona que la Identidad del sujeto a partir del paradigma capitalista se traduce en tener. Tener se traduce en ser, lo que no sólo es paradójico, sino que encierra la contradicción que conjuga la perspectiva que el tener es la supresión del ser. Y si a esto le sumamos que el tener es un acto siempre inacabado entonces la identidad se traducirá como algo siempre inacabado. ¿Tiene algo de malo pensarnos como entidades inacabadas? Por supuesto que no. El hombre siempre ha sido inacabado, y eso le genera la propia posibilidad y responsabilidad de hallarse sentido, de buscarse. La paradoja es el contrasentido que el inacabamiento se genera a sí mismo a partir del imaginario capitalista. Progreso, modernización, tiempo útil, consumo, competitividad, eficacia; se vuelven estrategias para el devenir del instante moderno. La modernidad es la esclava del reloj. El tiempo se vuelve una inquisición moral de la propia conciencia y el trabajo una consecuencia de la racionalidad instrumental de ese tiempo.

Con el advenimiento de la racionalidad instrumental, es decir del discurso de la modernidad, sucede un giro inesperado al sujeto. El asesino de Dios se vuelve ahora asesino de sí mismo. Vivimos ante una negación constante de nosotros mismos en cuanto a que adoptamos pasivamente un sistema ideológico cosificador del hombre. El paradigma del consumismo es el del aletargamiento intelectual, es el camino de la transmutación del individuo por el de un sujeto-sujeto;

“Es el camino de la pérdida del sentido, de la repetición de formas vacías, del conformismo, de la apatía, de la irresponsabilidad y del cinismo, junto con el creciente dominio del imaginario capitalista de expansión ilimitada de un control racional, seudo control seudo racional de la expansión sin límites del consumo, o

sea por nada, y de la tecnociencia autónoma en su curso, que forma parte, evidentemente, de la dominación de este imaginario capitalista”¹,

el consumo es la consecuencia (fractálica más nunca determinística) de las relaciones de poder que circunscriben la complejidad global.

Los distintos discursos que legitiman dichas abstracciones son muy claros: la mercadotecnia, los propios procesos identitarios de nosotros que posibilitamos la vigencia y las condiciones de reproducción de dicha sujeción, los discursos políticos y económicos que normativizan la existencia, la religión (adscribiéndome al imaginario judeocristiano) y su camaleónica identidad que se adscribe a cada sentido global a lo largo de la historia, aunado a la infinidad de textos y discursos motivacionales (cuasimesiánicos) que tienen por objetivo la legitimación simbólica de dicho sistema, y donde el eje semántico es la construcción del imaginario sobre el tiempo.

Es muy claro que el control imaginario de la lógica capitalista es reduccionista en exceso, donde todo en la existencia tiene que ver con la conformación imaginaria de un devenir inexistente, de un consumismo soberano. Ese devenir inexistente se traduce en todo el sentido que imprime el imaginario capitalista; el tiempo mismo es un objeto de consumo, el futuro es una dimensión simbólica que no tiene ningún tiempo presente. El individuo está absorto en un contexto que lo frustra, por lo tanto se da a la tarea de consumir y formarse una identidad simbiótica con la idea de “futuro”, siempre pensándolo en términos de una prosecución de las pasiones ideales, cruzado de brazos esperándolo llegar.

Habremos de detenernos a definir el consumo. Bajo la lógica capitalista todo se vuelve accesible a la valorización monetaria. Aire, tierra, mares, océanos, hombres, trabajo, estatus, religión, ideología, etcétera; todos objetos de consumo, de las propiedades “mágica” que las entidades tanto materiales como inmateriales poseen a través del consumo. Por ello que en las actuales sociedades el consumismo tenga magnitudes inimaginadas. El bombardeo mediático juega un papel importante. Hace que todo producto sea un artífice del individuo, una máscara. Tan pronto se usa, o se consume, pierde sus propiedades “mágicas” y el consumista empedernido, se da a la tarea de crearse necesidades llevadas por un deseo insaciable.

¹ Castoriadis, Cornelius. “Figuras de lo Pensable (Las encrucijadas del Laberinto VI)”. Distrito Federal, México: Fondo de Cultura Económico, p. 109, 2002

El consumo en ese sentido, tiene su ápice en la significación que le da Baudrillard al resumir su postura crítica sobre las sociedades industriales:

“El consumo no es ni una práctica material, ni una fenomenología, de la “abundancia”, no se define ni por el alimento que se digiere, ni por la ropa que se viste, ni por el automóvil de que uno se vale, ni por la sustancia oral y visual de las imágenes y de los mensajes, sino por la organización de todo esto en sustancia significante; es la totalidad virtual de todos los objetos y mensajes constituidos desde ahora en un discurso más o menos coherente. En cuanto que tiene un sentido, el consumo es una actividad de manipulación sistemática de signos.”²,

lo que nos lleva a inferir que en el consumo se encuentran las propiedades mágicas que el hombre del medioevo encontraba en su flagelación. La significación a partir del consumo vuelve obsoleta a toda posibilidad de reasignar un valor afectivo a la realidad circundante, ya que dicho valor sólo se imprime bajo la lógica del utilitarismo. Amamos en ese sentido nuestro consumo, pero tan pronto se realiza se sustituye el satisfactor simbólico de dicho consumo.

Tiempo y consumo se vuelven piedras de anclaje para la subversión de las conciencias, adjetivos que encierran la porosidad del discurso moderno, su finalidad es la aniquilación del individuo por el del poderío de los grandes acreedores y de las potencias macroeconómicas. Los centinelas del imaginario capitalista buscan ocultar sus intereses tras discursos que se adaptan al imaginario social (y que en cierto sentido son promotores de los mismos, como objeto de apropiación imaginaria que justifica sus medidas sistémicas); democracia, libertad y bienestar son sus tres grandes premisas.

La cognición del tiempo como contingencia ideológica de la existencia mistifica las relaciones humanas tras la centralidad del trabajo. Trabajo no como autorrealización del hombre por el hombre; sino del consumo por el consumo (sin negar posibilidades de resignificación en términos de resistencias, pero adscribiéndonos en lo que en mi opinión se da en la generalidad social). El tiempo se ha enseñado como algo inmanentista, axiomático. Llevado a categoría de dogma, y a la caracterización coloquial que tiene la firma del pensamiento neoliberal: “tiempo es dinero”.

² Baudrillard, Jean. “El Sistema de los Objetos”. Distrito Federal, México: Siglo XXI, p. 224, 2004

Para hablar del tiempo desde la perspectiva del consumista, se debe centrar la atención en la caracterización que de este se hace como instancia reguladora de la vida cotidiana. El hombre moderno no hace nada sin consultar el reloj. Producto del constante bombardeo simbólico en torno a la noción del tiempo que ha traído consigo la modernidad en forma de la lógica neoliberal, que considera que el hombre es sólo un bastión de las relaciones de producción y del consumo (como ya lo auguraba Marx), más nunca un bastión o mejor dicho un agente en las relaciones entre humanos. El tiempo que este emplea para la construcción de su “yo” individual, es un tiempo fundamental para el desarrollo y la continuación de los procesos macroeconómicos. Para ver esto de una forma más clara bastaría con reflexionar en torno a las dicotomías que el propio sistema establece para pensar las categorías temporales: tiempo laboral-tiempo libre, producción-consumo, trabajo-reproducción de la fuerza laboral, entre otras.

La importancia de entrar en estas disertaciones es de un orden sumamente poderoso, ya que envuelve nuestra completa existencia sin siquiera darnos cuenta. Recordemos la alegoría sobre el mito de la cueva de Platón, y pensemos que el darse cuenta de cómo la noción del tiempo que plantea nuestro paradigma cultural es una extensión ideológica del pensamiento occidental moderno. El cual se cimienta en el individuo gestándole necesidades que desde otras perspectivas serían inexistentes, generando en sus propias categorías identitarias una suerte de deseo sedicioso de saberse eterno, moralizándolo y convirtiéndolo sistemáticamente en una mera relativización del instante, el amo es el reloj.

Además que se ha volcado instrumentalmente hacia el propio constreñimiento humano, las relaciones económicas y los distintos vectores de poder han secularizado a "Cronos" para productivizar su propia noción de la existencia misma. Con todo, es claro cómo la concepción del tiempo se vuelca en un mecanismo de reproducción sistémica donde incluso la propia idea de libertad se ha reconstituido dentro de esta esfera limítrofe en el imaginario en dosis con horario restringido.

Existen infinidad de posturas que hablarían de la relación tiempo-consumo como un efecto natural de la evolución humana, orientada bajo la lógica “natural” de la modernización y el progreso que han caracterizado a la historicidad humana. Sin embargo, cuan errados están en plantear como natural la forma de pensar la noción del tiempo. Curiosamente, el debate sobre naturalidad y cultura nos da luz y a la vez nos imposibilita hablar de esto, lo que supone una ventaja con respecto al inmanentismo que se le quiere acotar al imaginario moderno.

El discurso de la naturalidad de los procesos sociales, como fenómeno de cognición necesaria y lógica del devenir pasado es estéril de fondo. Tal discurso lleva al engaño de que la totalidad establece los límites de lo social, transformándolo en un objeto determinado con el control hegemónico de sus significados y procesos³. Dicho en otros términos, el problema de cómo se inserta nuestra interpretación de la noción del tiempo obedece a las categorías culturales pensadas para este propósito, debemos entender de antemano la relatividad de las construcciones humanas, y la centralidad que cada una quiere esbozar en términos de universos simbólicos hegemónicos.

El fenómeno del tiempo no queda exento de la esfera de la interpretación-interpelación humana (incluso en el transcurso físico del tiempo podríamos encontrar ambigüedades y contradicciones como Einstein demostró, cuestión que no tocaré por el sentido que quiero imprimir a esta reflexión), al establecer que el sistema completo de relaciones semióticas en el que nos adherimos involuntariamente, nos lleva a la luz del cómo se insertan dichas categorías como *a priori* dentro de nuestro esquema mental. Introyectándose hasta el tuétano, y dando contingencia a la existencia a través de una forma de comprender (crear) la construcción que se concibe como “realidad”. Ante este reto, Foucault establece su propia arqueología (como él llamaría por desenterrar de fondo el orden con el cual se establecen los discursos) en la propia noción que deviene en el “poder”:

“Omnipresencia del poder: no porque tenga el privilegio de reagruparlo todo bajo su invencible unidad, sino porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro. El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo sino que viene de todas partes. Y “el” poder, en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autorreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movilidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas. Hay que ser nominalista, sin duda: el poder no es una institución, y no es una estructura, no es cierta potencia de las que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación compleja en una sociedad dada.”⁴

³ Pfr. Laclau, Ernesto. “La imposibilidad de la sociedad”. Distrito Federal, México: La guillotina, p. 50-53. 2005

⁴ Foucault, Michel. “Historia de la Sexualidad 1- La voluntad de saber”. Distrito Federal, México: Siglo XXI, p. 113, 2002

De las relaciones de poder epistémicas surge el individuo, inmerso en el mar de poderes a los cuales el consumista se piensa externo. Para él la libertad consiste en ir a un supermercado y comprar aquello que le alcanza al bolsillo. El consumo no es restrictivo de las potencialidades económicas, se da a todo nivel y en todo sentido. Ahí radica la conversión del individuo en engranaje sin si quiera tener un ápice de conciencia al respecto (con esto no pretendo significar al individuo como agente pasivo de su construcción social), es la victoria de la piedra sobre Sísifo, es la instauración e institucionalización del “superyo” Freudiano, es el triunfo de los soberanos tiempo y consumo. Por ello, hablar del tiempo no es hablar de una dimensión física, sino de una dimensión ideológica y meramente administrativa.

Tiempo y consumo no son más que un espejo de nuestras determinaciones sociales, pensados por un imaginario que se vuelve un axioma inquebrantable y que nos dota de sentido en nuestra sociedad epistémica. Placebos que nos narcotizan y que no impiden hacernos responsables de nuestro propio presente. Por ello, entendamos de una vez por todas que la vinculación que el imaginario capitalista hace hacia la noción del tiempo no es por simple casualidad, ni tampoco por una causalidad determinística que nos arranke nuestra propia posibilidad de establecer una voluntad de poder (Nietzscheana), sino que responde a una lógica como intersticio entre una razón adherida y el problema del absurdo existencial, que es en sí mismo el problema general del hombre; actualmente pragmatizado por una lógica que él mismo está muy lejos de haberse planteado, donde todo, incluso sí mismo, responde y representa un valor monetario. Producto del insano sistema económico-político neoliberal, que hoy por hoy tiene subyugado al hombre haciéndole creer que este es ajeno a su propia construcción.

La categoría del trabajo se inserta como eje rector en las relaciones interpersonales (e incluso intrapersonales (sin discutir la posibilidad o imposibilidad de dichas relaciones). Las nociones de tiempo, espacio, trascendencia, esperanza; son plataformas que se significan bajo esta esfera de sentido, bajo estos vectores de poder donde las distintas ideas en torno al bienestar integral están plagadas de consideraciones al respecto con relación al consumo. Por proseguir con el ejemplo sobre la propia noción de “futuro”, se podría plantear que es una categoría que se deriva totalmente hacia el posicionamiento socioeconómico dentro de temporalidades idealizadas, sacrificando el instante a costa de este narcótico sistémico. Erigido por otro

constructo del mencionado imaginario, el desarrollo personal (entre multiplicidad de vectores), dentro de las relaciones de poder que imperen en cada situación contextualizada con su entorno. Cronos toma el control del inframundo (subvertido hacia la exterioridad y banalidad del actual sistema), y Sísifo ya no es más que un payaso, la rebeldía y la libertad se toman en dosis y la conformidad se lleva a flor de piel, la historia demarca sus sentidos hacia la irracionalidad del camino que el hombre está trazando.

Veamos lo que trae consigo la propia noción de futuro desde una perspectiva que se margina y contrapone del imaginario capitalista:

“Asistimos a un nuevo diseño de futuro donde se redefinen los contenidos de la ciudadanía y, con ello, de los comportamientos sociales. La creación de un sistema social en el cual la ciudadanía política, el poder, los derechos y las libertades públicas, la justicia social, la economía y los valores democráticos se relacionan bajo la dinámica del mercado, muta sus definiciones y principios. El problema radica en la presentación de una teoría social-sistémica cuyo objetivo es la muerte del sujeto, en tanto voluntad creadora de futuro. Se trata de eliminar la centralidad del ciudadano político como articulador de relaciones sociales de poder.”⁵

El futuro es un placebo de la quimera tiempo-consumo, al igual que infinidad de caracterizaciones que surgen de la misma perspectiva. Donde podríamos hablar por ejemplo: del Héroe Urbano propuesto por nuestras instituciones hegemónicas. El Héroe Urbano se postula como aquel individuo que logra ante todas las adversidades y condiciones opuestas a su devenir personal; romper las barreras de su estrato socioeconómico, moral, o político (todas categorías que no pueden plantearse sin las otras), y profanarse como modalidad a seguir. Una ideología de consumo que implica un conformismo con las condiciones indignantes que imposibilitan a la sociedad en general a lograr satisfacer no sólo sus aires de grandeza, sino sus propias necesidades primarias. El Héroe Urbano es un Héroe estéril para el imaginario, puesto que se consume como posibilidad existencial de transformar el devenir sin siquiera cuestionar las condiciones que en un primer lugar imposibilitaban a este Héroe Urbano a transgredir su imposibilidad de presente, y el llamarlo Héroe no es sino una inquisitoria afirmación del propio sistema.

El pensar al ocio nos da otro referente para hablar del contexto consumista:

⁵ Roitman Rosenmann, Marcos. “El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo”. Distrito Federal, México: Siglo XXI, p. 41, 2005

“Lejos ya del “dulce otium” de los clásicos, el tiempo sin trabajo de hoy se parece a una condena a la ociosidad de un presidio. Aquel ideal era consecuencia de la libertad -si ésta es la condición en la cual un ser humano puede autorrealizarse- y no el resultado de un tiempo muerto o al que se lo quiere matar por cualquier medio. En aquel modelo hay un sujeto libre y creativo, pero en este vegeta el consumidor-esclavo de un espectáculo de fantasmas.”⁶

Así, el ocio es una categoría que en el contexto del imaginario capitalista se traduce como negación de la productividad que emana en el devenir existencial. Lo que se traduce como un ingrediente nefasto que rompe con la lógica de todo el sistema, por lo cual se da a la tarea de moralizarlo y referirse a este como malestar social. El coloquialismo “el ocio es la madre de todos los vicios” se traduce en la forma más ardua que las políticas identitarias buscan internalizar a modo de inyección mental.

Cabe mencionar la necesidad de resignificación del tiempo, y la deconstrucción de la lógica del consumo como posibilidad de resistencia de un contexto que se jacta de ser el más democrático, siendo el mayor criminal de la actualidad. El tiempo en este sentido se consagra a pragmáticar racionalmente la construcción de la experiencia cotidiana y sus aspectos prospectivos en términos de la moralidad social. El tiempo y el espacio (el espacio también como ingrediente primordial en las constituciones imaginarias económico-político-morales) paulatinamente se vuelcan como dos embestidas al sujeto social. Se redimensionan para adecuarse a la sociedad de consumo estableciendo *de facto* una sujeción ideologizante hacia el individuo en pos de la continuidad estructural de la sociedad y los epistemes que la sostienen..

El asombro, el enamoramiento de ese asombro y la incapacidad de pensar en un tiempo presente, nos plantean preguntas de un orden poderoso que posibilita la resignificación de nuestras propias contingencias epistemológicas con las que interpretamos y vivimos nuestra propia construcción social de la realidad. En este sentido la propia porosidad del tiempo sirve como intersticio del entendimiento humano, de su propia construcción de los saberes y de su interpretación de lo que considera como “realidad”. Juega un papel imperante hacia la conformación de los procesos identitarios introyectando miedos, tabúes, disposiciones morales, etcétera. Ahora bien, si el individuo se piensa como engranaje del sistema tiempo-espacio

⁶ Osvaldo Baigorria. “Esclavos del ocio”: <http://www.elportentio.com/baigorria.htm>

adherido al imaginario capitalista ¿Qué sucede y cómo pensar en su potencial imaginario radical? (del que nos habla Castoriadis tan afanosamente), deberemos para ello comenzar a desestructurar la idea del tiempo como construcción lineal e imanentista para adscribirnos a los procesos identitarios en los que desemboca. Hasta este punto, cabe mencionar que esta reflexión tuvo que hacerse en los márgenes que la constitución social del tiempo ha permitido.